

DISCURSO DE RECEPCION
DE DON MARIO BARROS VAN BUREN

por

Gonzalo Vial Correa

Académico de Número

Es difícil para mí ser objetivo, al hablar de nuestro nuevo miembro de número, Mario Barros van Buren.

Pues en lo que debiera ser el frío análisis de una labor del intelecto, irrumpen, incontrolables, los recuerdos nada fríos de una amistad profunda y esencial, que ya va para las cuatro décadas.

Recuerdos de los padres Franceses, donde un sacerdote ejemplar, Daniel Moltedo, hizo que muchos —y Mario Barros el primero— amásemos a España por sus letras. Recuerdos de la calle República, del hogar de los Barros —el padre adusto y sin embargo, afectuoso; la madre esforzada y señorial—, hogar que me acogió como si fuese el mío. Recuerdos de la Universidad, y de comunes luchas juveniles. Recuerdos de Jaime Eyzaguirre y la Hispanidad. Recuerdos de Jorge Prat y la Nacionalidad. Recuerdos de *Estanquero*, empresa quijotesca y patriótica. *Estanquero*.... ¡han debido pasar casi treinta años para que quienes escribíamos en él nos enterásemos —por boca de un patán cualquiera de la gran prensa norteamericana— de que *Estanquero* fue una “revista antisemita!”.

Por fortuna, si el afecto puede arrastrarme a hablar con elogio de Mario Barros, su vida y su obra de diplomático, escritor e historiador harán que ese elogio sea enteramente justo.

Abogado, Mario Barros sintió sin embargo, muy pronto, el reclamo imperioso de otra vocación: el servicio internacional de la República. Ingresó a éste en su último grado, el año 1952, y ha conocido todos los peldaños del escalafón: cónsul, secretario, consejero, ministro-consejero, embajador, dentro y fuera del país, hasta llegar a su actual y honrosa tarea de Director General de Política Exterior. En verdad, pocas personas pueden jactarse de tener un conocimiento teórico y práctico de la carrera diplomática, tan hondo y minucioso como el de Mario Barros.

Dentro de esta vocación, la fundamental de su vida, Barros ha consagrado particulares desvelos a la Academia Diplomática, continuando el que tuvo por ella su inspirador y común maestro, Jaime Eyzaguirre. Y en la Academia Diplomática Mario Barros ha impulsado dos iniciativas de hondo contenido histórico. La primera, *Diplomacia*, revista fundada por él hace diez años, y que constantemente publica material literario e iconográfico de importancia para los historiadores. La segunda iniciativa, ha sido la adquisición y restauración del edificio que hoy nos acoge, el antiguo Palacio Edwards. Evoca éste en sí mismo la frágil *belle époque* chilena, y además ha servido de escenario a muchos sucesos trascendentales. Basta recorrerlo hoy —y recordarlo ayer, sucio, descascarado y prostituido por tenduchos y lóbregas oficinas— para comprobar la acción de alguien que ama la Historia y sus recuerdos materiales.

Porque en los afanes de mudanzas de su agitada existencia diplomática —de Nueva York a Río Grande, Tierra del Fuego, de Río Grande a Quito, de Quito a Zagreb, de Zagreb a Madrid— Mario Barros jamás se ha olvidado de la Historia.

Naturalmente, ha sido la Historia Diplomática su mayor y mejor preocupación.

Su libro inicial es ya un tema, quizás el más arduo, el Derecho Internacional Público: la guerra justa, a la luz de los escolásticos clásicos. Comienzo el libro transcribiendo unas palabras de Pío XII, palabras de siempre fresca actualidad: "La política emancipada de la moral, traiciona a los mismos que la quieren así". Siguen, cronológica y detalladamente, con numerosas y adecuadas citas ilustrativas, los autores y las tesis de la escolástica sobre el problema de la guerra ante el derecho, desde Santo Tomás hasta Domingo de Soto, pasando por Vitoria, Molina, Ayala y Suárez. Cierra la obra de un capítulo breve, pero de gran interés, sobre la moderna política exterior del Pontificado.

Algún tiempo después, hallamos un segundo libro de Mario Barros: *La misión Eastman en el Ecuador*. Se refiere, por supuesto, a don Víctor Eastman, largos años figura máxima de la diplomacia chilena en ese país. Como se sabe, el señor Eastman llegó a ser una personalidad prominente en la sociedad ecuatoriana. Sus vínculos y su influencia, incluso sobre la política interna del Ecuador, sobrepasaron lejos cuanto pudiera soñar el embajador más capacitado. La obra de Barros, utilizando documentos inéditos, chilenos y ecuatorianos, analiza las ventajas y los peligros de una situación tan especial, y nos da un cuadro interesante y ágil de las relaciones chileno-ecuatorianas, por sí mismas y también en referencia al Perú y, más ampliamente, a la política del Pacífico.

Corridos apenas nuevos tres años, Mario Barros nos entrega su libro de mayor importancia, hasta hoy: *Historia Diplomática de Chile, 1541-1938*. Relación apretada de una vida exterior de cuatro siglos, la "Historia" representa un enorme esfuerzo investigativo y un poderoso trabajo de síntesis. Obra general y pionera,

no podían faltar en ella imperfecciones y errores de detalle, pero nos da un cuadro cabal y completo de su tema. Cuadro, además, escrito con una sorprendente facilidad literaria, rasgo común a los trabajos de Barros. Con razón pudo Jaime Eyzaguirre, prologando esta "Historia", decir:

"Posee Mario Barros un mágico poder de evocación, que hace de los hombres seres vivos que hablan, se agitan, polemizan, triunfan o fracasan. Es imposible que una figura histórica resista al empuje estremecedor de su pluma. Su libro se transforma así en una conversación nerviosa, agitada, con hombres y más hombres, con tiempos y situaciones disímiles e inesperados. El lector no puede resistir este vértigo: se ve impelido a caminar con el pasado, a hacerse dinamismo con él, a tomar su carne y su espíritu".

"Ahí está —concluye Eyzaguirre— el supremo acierto del libro".

Añadamos que la *Historia Diplomática de Chile* reproduce una iconografía extensa, seleccionada y poco conocida, juntada por el autor con paciencia benedictina. Es preciso recordar que ya ningún entendido mira la iconografía histórica como un simple "adorno", y por tanto como prescindible. Ella es un complemento útil y a menudo indispensable del texto escrito. Barros lo ha entendido así, inmejorablemente.

Deberíamos, aún, hablar sobre la última obra de Mario Barros: una serie de ensayos, en la cual reenhebra el gran tema e ilusión de nuestra juventud, la Hispanidad. *Raza y Espíritu*, se titula, y ha recibido en 1980 un reconocimiento honroso y consagratorio del Ministerio de Cultura de España: el premio "Cultura Hispánica". Desgraciadamente, *Raza y Espíritu* se encuentra inédito, esperemos que no por mucho tiempo más.

Es en este mismo plano, el de la Hispanidad, que ahora escucharemos a Barros disertar sobre los precursores españoles de la Independencia Americana, comprendiendo en ellos a dos grupos disímiles: quienes, los primeros años del Imperio Hispánico, quisieron segregar de él a algunas de sus más ricas provincias; y quienes, inspirados por el liberalismo y la Ilustración, concibieron en el siglo XVIII diversas formas de autonomía por esas provincias.

La Academia, por antigua y sana tradición, ha incorporado a sus filas a quienes dominaban los complejos y sutiles problemas de la vida exterior de la República, en sus aspectos geográficos e históricos. Muchos de estos sabios han integrado e integran hoy la Academia. Precisamente, nuestro nuevo miembro de número sucede en su sillón a uno de ellos, el ex Canciller Conrado Ríos, de feliz y brillante memoria. Podemos estar seguros de que, con el ingreso de Mario Barros, no desmerecen ni este sillón, ni esa tradición.